

# El gusto, el exhibicionismo y la intimidad



Sir Richard Wallace



Henry Clay Frick



James Rothschild



Edgar Degas



Archer M. Huntington

El libro de María Dolores Jiménez-Blanco y Cindy Mack, *Buscadores de belleza* (Ariel), comienza precisamente aquí, en una modernidad en la que los hombres de negocios empiezan a coleccionar arte, unos por ostentación, para subrayar su riqueza, y otros por el placer personal e íntimo de sentirse acompañados por obras que les hablan cada vez que los miran, y que expresan su gusto personal.

Esta historia moderna comienza en el siglo XVIII, en los salones de París donde se vendían los cuadros de los artistas del momento, glosados por Diderot en sus crónicas, las primeras que pueden considerarse textos de crítica de arte. Los críticos aconsejaban y educaban el gusto de los burgueses, que a partir de ese momento desplazan a la corte y la iglesia como grandes compradores y productores de encargos. Aunque coleccionistas ha habido siempre, por lo menos desde la Grecia clásica, los que hoy reconocemos como tales surgen de ese magma de libertad y de la riqueza de las nuevas clases pudientes.

## Grandes colecciones

El libro de las dos autoras recuerda los criterios a veces muy personales e incluso arbitrarios con los se formaron las grandes colecciones. Al cuarto marqués de Hertford, Richard Seymour-Conway, le atraían la ternura y la elegancia, las cosas agradables, razón por la cual habría perdido la oportunidad, si hubiera tenido la ocasión, de poseer las pinturas negras de Goya. A él le gustaba la seriedad de Murillo, un pintor muy apreciado durante el siglo XVIII en Francia e Inglaterra, y cuando le ofrecieron pujar por el retrato de *Andrés de Andrade*, hoy en el Metropolitan de Nueva York, rechazó la propuesta con este argumento: "No tengo ninguna duda de que sea excelente. Pero confieso que no me gusta el retrato de un hombre viejo por excelente que sea: no es agradable". La Hertford House —o The Wallace Collection, como hoy se la llama y que se puede visitar gratis en Londres— ilustra el deseo de elegancia a la francesa que cautivó al coleccionista y que vertebó sus adquisiciones.

El credo religioso del comprador también influyó a la hora de decidirse por un tipo de arte u otro. Por ejemplo, los Rothschild se sintieron poco cómodos con los *murillos* que exaltaban a la Virgen, si bien compraron alguno. La familia era judía y sentían una mayor afinidad con los cuadros de escenas del Antiguo Testamento y con los lienzos de temática no religiosa. El delicioso cuadro de Vermeer *El astrónomo*, adquirido por James Rothschild y hoy en el Louvre, sería una buena prueba de esta querencia por la pintura profana, que además recrea una de las pasiones más habituales entre los judíos del siglo XIX, la astronomía.

Entre las fortunas hechas en el campo de las finanzas, además de

Detrás de cada museo está la historia de sus coleccionistas. El de Bellas Artes de Bilbao no puede entenderse sin las aportaciones de los Jado, de los Sota y de otras familias, lo mismo que las grandes pinacotecas resumen el afán de reyes, aristócratas, mandatarios eclesiásticos y, ya en la edad moderna, burgueses



Estación Saint-Lazare, 1873. Manet

de los Rothschild, figuraba la de John Pierpont Morgan, el fundador de la actual multinacional J.P. Morgan. Cuando su emporio financiero se unió a la industria del metal de Andrew Carnegie, el banquero presidió un gigante industrial cuyo valor se estimaba en un billón y medio de dólares, una cantidad inaudita en 1907, año en que se produjo la fusión. En vez de construirse residencias palaciegas en Manhattan, Morgan se conformó con una casa más discreta en la avenida Madison, que llegó a albergar una de las mejores colecciones del mundo. El millonario acostumbraba a comprar colecciones enteras, y

a Henry Clay Frick, un hombre que empezó a trabajar a los catorce años en una mercería y que terminó atesorando cuadros de Bellini, El Greco, Goya y una de las cumbres pictóricas de todos los tiempos, *El jinete polaco* de Rembrandt.

Pero no todos fueron millonarios con una fuerte pasión por el arte que formaron las grandes colecciones de la modernidad, basadas en un gusto más bien clásico. Entre los coleccionistas que no encajan con este perfil se encuentra el pintor Edgar Degas, que empezó a atesorar lo que tenía más a mano, las obras de sus amigos impresionistas, desde la

crítica, ambos representaban tendencias opuestas: uno el clasicismo y el dibujo, el espíritu conservador, y el otro el color, la revolución y el romanticismo. Precisamente Degas quería unir ambos en sus propios lienzos. En los últimos años de su vida, el pintor, con un buen ojo también para sus contemporáneos, como Gauguin y Van Gogh, se obsesionó tanto con su pasión coleccionista que escatimaba el gasto para su alimentación.

## Cazadores de tesoros

Estos caminaron siempre sobre el hilo que separa el deseo de belleza y la manía persecutoria por las innumerables piezas que a ellos les parecían irresistibles. A veces estas vocaciones nacían de la lectura de un libro, como en el caso de Archer Milton Huntington, el fundador de la importante Hispanic Society de Nueva York. Cuando tenía doce años cayó en sus manos *Los Zinacali*, una obra sobre los gitanos españoles de George Borrow, un vendedor de biblias que aterrizó por Madrid y Andalucía en el siglo XIX y a quien se colgó el cariñoso alias de *don Jorgito el Inglés*.

El padre de Huntington reservaba para su hijo Archer un solvente futuro de naviero, pero enseguida se dio cuenta de que el porvenir del chico iba por otro lado y le dejó viajar por Europa. A finales del siglo XIX, la pintura española se puso de moda y de este periodo procede la revaloriza-

El libro recuerda los criterios a veces muy personales e incluso arbitrarios con los que se formaron las grandes colecciones

su ansia y perseverancia provocó una de las grandes subidas de precios en la pintura del Renacimiento y del Barroco. Cuando era presidente del Metropolitan, el museo reservó un *Fra Angélico* a un marchante de Londres. Al enterarse de la operación, el propio Morgan se adelantó al museo que presidía, elevó el precio y se lo llevó a casa.

Una de las joyas artísticas de la Nueva York actual es la Frick Collection, situada cerca de Central Park en una casa que perteneció

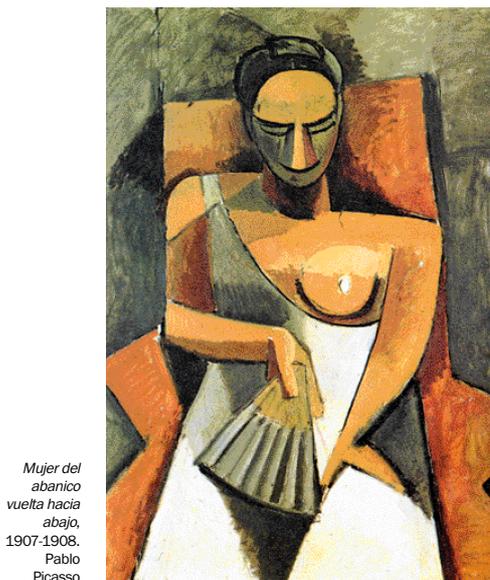
primera exposición que estos celebraron en el estudio del fotógrafo Nadar en 1874. Entonces compró algunas obras de Pissarro y Sisley.

En sus fondos se encontraban importantes estampas japonesas firmadas por Hokusai o Utamaro, que tuvieron una gran influencia en sus estrategias compositivas. De hecho, coleccionar tenía un componente práctico para él, ya que le acercaba a los cuadros y pintores que le inspiraban, como Ingres y Delacroix. Pa-

ción de El Greco, hasta entonces un pintor dejado de lado. Velázquez cotizaba muy alto, ya que había poca obra disponible, mientras que Goya todavía estaba al alcance de los coleccionistas, pues pintó mucho a lo largo de su extensa carrera. No obstante, sólo un ojo educado como el de Huntington podía valorar en su justa medida el retrato de la duquesa de Alba que Goya realizó en 1797, y que el neoyorquino compró en 1906 en París.

Por esa época, los marchantes constituían un grupo de proveedores con un poder creciente dada la afluencia de coleccionistas en un tiempo en el que se estaban consolidando las grandes fortunas industriales y financieras. Los marchantes necesitaban expertos que certificaran la autenticidad de sus hallazgos, y entre ellos estaba Bernard Berenson, un personaje fascinante que siempre se sintió incómodo con ese papel que por otro lado tanto dinero le dio. Judío de clase obrera, logró entrar en Harvard y basó su práctica en la atención minuciosa a los detalles más pequeños que caracterizaban el estilo de los artistas. Por ejemplo, la forma de pintar las orejas, los ojos, las manos, etc.

Pidió una beca en la universidad para estudiar en Europa pero se la denegaron, y sus profesores, descontentos con la decisión, recolectaron el dinero suficiente para que Berenson profundizara en sus conocimientos. El especialista descubrió a sus paisanos el valor de los primeros renacentistas y al principio de su carrera se mostró muy estricto en sus informes. En 1894 se celebró en la New Gallery de Londres una exposición de pintura veneciana con más de trescientas obras, pertenecientes a la aristocracia inglesa. Berenson refutó la pretendida autenticidad de la mayor parte de ellos, con la consiguiente merma de valor. Pero luego se alió con el marchante Joseph Duveen y sus duros criterios se ablandaron bastante. El estadounidense no quería



Mujer del abanico  
vuelta hacia abajo,  
1907-1908.  
Pablo Picasso



El jinete polaco, c. 1665. Rembrandt

### La pasión del arte llevó a muchos norteamericanos a pasar largas temporadas en París, capital del negocio

echar a perder un fastuoso ritmo de vida que incluyó la compra de una magnífica mansión a las afueras de Venecia, y una colección de más de cien obras maestras. En su testamento donó ambas cosas a Harvard, la universidad a la que debía su conocimiento y la que le había negado la beca.

La singularidad de los coleccionistas también se expresa en la figura de Albert C. Barnes, un chico del barrio de Kensington, en

Filadelfia que llegó a ser un médico importante. No fue sin embargo la práctica de la medicina la que le hizo rico, sino el descubrimiento de Argryol, un compuesto de nitrato de plata que prevenía las infecciones en los ojos de los bebés. Fiel a sus orígenes, Barnes creó una fundación para que los miembros de las clases menos favorecidas pudieran tener acceso al arte. Entre sus fondos se encuentran obras de

Seurat, Cézanne y Picasso, que él reservaba para la ilustración de los obreros y sus familias, restringiendo el acceso a los críticos, historiadores y público en general, lo que sumió a su fundación en una importante crisis financiera. Impulsado además por su simpatía hacia los negros, reunió una colección de arte africano de primera categoría hacia los años veinte del pasado siglo, un hecho crucial debido a la importancia que la estética primitiva tuvo para la vanguardia, de Picasso a los surrealistas.

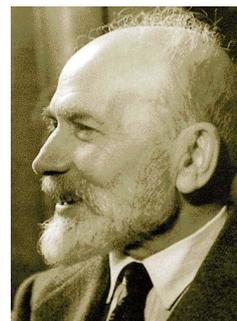
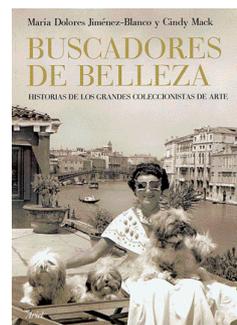
**París capital del negocio**  
La pasión del arte llevó a muchos norteamericanos a pasar

largas temporadas en París, capital del negocio hasta la Segunda Guerra Mundial. La escritora Gertrude Stein conoció en la ciudad francesa a Picasso y fue determinante en su éxito. Junto con su hermano Leo creó una colección en la que se hallaban lienzos de Matisse, Braque, Derain y Gris. Las reuniones de los sábados en su casa de París se convirtieron en una leyenda de la cultura del siglo XX. Además de los pintores, por allí pasaban poetas como Ezra Pound y novelistas como Djuna Barnes, Francis Scott Fitzgerald y Ernest Hemingway.

Por supuesto, Gertrude Stein tenía mucho dinero. Pero no fue eso lo que le significó como coleccionista, sino su estrecha camaradería (no exenta de encontronazos) con los artistas cuya obra coleccionaba. Fue, por así decirlo, uno de los suyos. Lo mismo sucedió con otra norteamericana, Peggy Guggenheim, la sobrina del creador de la Fundación Guggenheim, Solomon Guggenheim, que llegó a París unos años más tarde. Primero, en 1937, abrió en Londres la galería Guggenheim Jeune, en la que expusieron Cocteau, Kandinsky e Yves Tanguy, entre otros muchos. La sala perdía unas seiscientas libras al año, una cantidad considerable para la época. "Puestos a perder dinero, me pareció mejor perder un poco más y hacer algo que valiera la pena", recordaba en sus memorias, *Confesiones de una adicta al arte*.

En París, durante la ocupación nazi, se hizo el propósito de comprar un cuadro al día, y lo cumplió. Famosa por su voracidad sexual y por los múltiples lios que tuvo con sus artistas patrocinados, regresó a Estados Unidos en 1941 y se dedicó a promocionar a los expresionistas abstractos. En 1948 fue a la Bienal de Venecia para exponer su colección, le gustó la ciudad y se compró el palacio Vernier dei Leoni, donde vivió hasta su muerte y donde hoy se exponen al público sus fondos.

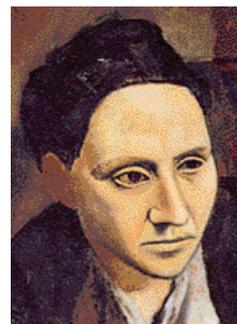
En una visita a Nueva York, ya en los años cincuenta, comentó: "Me quedé atónita al ver las dimensiones financieras que había adquirido el movimiento artístico. Sólo unas pocas personas seguían estando interesadas por los cuadros; los demás los compraban por esnobismo o para evitar impuestos (...) Algunos pintores no podían permitirse más que vender unos pocos cuadros al año, ya que si no los freían a impuestos. Los precios eran inauditos y la gente sólo compraba lo más caro (...) Pintores cuyos cuadros yo había vendido con dificultad por 600 dólares, ganaban ahora 12.000 por obra".



Bernard Berenson

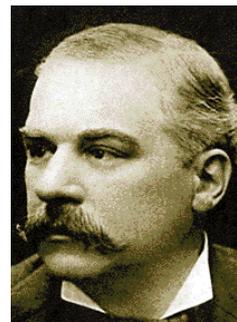


Albert C. Barnes



Gertrude Stein

**Íñaki Esteban**



J.P. Morgan

## Los últimos poderosos

Después de la Segunda Guerra Mundial, las modas y los protagonistas en el coleccionismo se distribuyen por décadas. Si los cincuenta estuvieron marcados por navieros como Stavros Niarchos, en los ochenta sobresalieron los promotores inmobiliarios que llenaron Estados Unidos de centros comerciales, así como los japoneses dispuestos a llevarse todo sin mirar el precio, lo que produjo una inflación considerable. La crisis del mercado del arte en los novena-

ta fue también la época de las grandes oportunidades, en las que pescaron los magnates de la industria del entretenimiento, como David Geffen y Richard Branson, el dueño de Virgin. En la última década se han incorporado al club millonarios periféricos, como el brasileño Bernabé Paz, dueño de un gran emporio metalúrgico, el chino Dai Zhi King, el coreano C.I. Kim, el mexicano Eugenio López Alonso, heredero de la empresa de zumos Jumex, y la cana-

diense Louise T. McBain, que hizo su fortuna con las revistas de compraventa de automóviles (llegó a tener 400 distribuidoras por todo el mundo). Por supuesto, quedan los de más solera, como Eli Broad, Ronald Lauder, François Pinault y el creador de tendencias Charles Saatchi, patrocinador del último pelotazo artístico, el del nuevo (o ya no tan nuevo) arte británico de Damien Hirst y Tracey Emin, entre otros.